

católica, no podía ser contrastada mucho tiempo, no podía dejar de vencer. Una idea tan desorganizada, tan decaída como la idea pagana, no podía dejar de ser vencida. Así es que el paganismo va á lanzar su último suspiro, porque va á recibir su última herida. Por un momento se reanima. Juliano le dió un reflejo de vida. Valentiniano y Valente conservaron por sus ritos una apariencia de respeto. La libertad de cultos proclamada por Constantino mataba el paganismo en las conciencias, pero no en el Estado. Como los lazos entre el imperio y el paganismo eran tan por extremo apr etados y fuertes, el culto continuaba. Themístro había ido desde Constantinopla á Roma á saludar al senado, y en medio de aquella augusta asamblea, decía que merced al Senado Romano, los dioses no habían aún emigrado del mundo. Ausonio saludaba al nuevo emperador Fraciano llamándole protector de los dioses y diciendo que merced á su piedad, los templos continuaban abiertos, y las nubes del incienso pagano perfumaban aún el ambiente de Roma. Sin embargo, un cristiano, si no tan grande como San Agustín por sus ideas, tan grande por su carácter, se acercaba al oído del emperador y le hablaba de Dios, del cielo, le preservaba de contaminarse con aquel culto manchado: le oprimía con su actividad incansable, le enardecía en el fuego de sus ideas con tanta perseverancia y fortuna, que merced á su palabra y á su ejemplo, Fraciano abjuraba el paganismo, destruía en el Senado el altar de la Victoria que protegiera á Roma, rasgaba sus vestiduras sacerdotales, despojaba á los templos de sus bienes, deshacía los privilegios y el poder político de los pontífices, cerraba el colegio de las Vestales que conservaba el fuego sagrado de la vida de Roma, arrojaba el sudario sobre el cadáver del paganismo. Este paso dado por Fraciano, abrió el camino á Teodosio. Un día entró en el capitolio, atravesó sin temblar aquel recinto hollado por tantos héroes y tantos dioses, apagó con su soplo el fuego del sacrificio nunca interrumpido desde la fundación de Roma, tomó en sus manos el tirso de oro y la corona de verbena, y arrojándolos por las cimas de la roca Tarpeya, dió por muertas los dioses antiguos, que habían nacido entre los bosques y los mares de la India, que habían volado sobre toda el Asia, que habían recorrido desde las torres de Babilonia hasta las pirámides de Egipto, que habían enseñado á cantar al coro de ruiseñores congregado en el nido de flores de Grecia, que habían guiado á la victoria las legiones romanas y que al morir se llevaban entre los pliegues de su blanco sudario el antiguo mundo. Hé aquí, señores, la triste suerte de las

religiones que todo lo fían del estéril amparo del Estado, de la triste protección de los gobiernos. El poder les alza altares, les quema incienso, les fabrica magníficos templos, les lleva adoradores forzados; cria un clero, lo enriquece, funda conventos, enciende hogueras para castigar á los que desconocen la religion del Estado, prohíbe toda manifestación en su daño, ahoga todo pensamiento contrario; pero un día, sí, un día, frecuentísimo en estos grandes cambios de ideas que traen consigo las corrientes de las revoluciones, un día ese mismo poder se hace enemigo de la religion que ántes protegiera, y la oprime, y persigue á su clero, y cierra sus conventos, y vende sus bienes, y le arranca todo privilegio político, y con esto los desarraiga de los pueblos, cuando la fé, que se apoya en la libertad tan necesaria á la vida del alma como el aire atmosférico á la vida del cuerpo, la fé, que busca el sagrado asilo de la conciencia, el santuario inviolable del espíritu no podrá nunca ser desarraigada, porque hasta el espíritu, hasta la conciencia, hasta la sagrada libertad del pensamiento, ni han llegado, ni podrán llegar nunca los tiranos del mundo, sin que el pensamiento, como un rey venido del cielo ¡ah! los precipite en el polvo, porque el alevé que osa herir el pensamiento en la conciencia, hiere todo lo que hay de Dios en nuestra alma, mientras aquel que sostiene una religion con una ley, con otra ley puede destruirla: que los engendros de la fuerza, si de la fuerza viven, con la fuerza pasan.

Y esto le sucedió al paganismo. Sin embargo, aun despues de Teodosio, Roma vivía como ántes por esa fuerza que tienen las costumbres. Si desde las nubes que sobre ella se amontonaban á fines de este siglo IV la contempláramos, veríamosla erguida, intacta; el César perezosamente recostado en su lecho de púrpura, el esclavo llorando hambriento en su ergástula, el circo henchido de armonías, de vapores de sangre, de combatientes heridos, agonizantes al pié de las estatuas de los dioses; el teatro representando los antiguos misterios religiosos; la vestal todavía de rodillas ante el fuego sagrado; los sacerdotes salios corriendo embriagados por las calles; las bacantes desnudas flotando la perfumada cabellera al viento por los campos; los adivinos todavía tendidos bajo las pieles de las víctimas consagradas á Esculapio para conocer lo porvenir; los luperco ostentando el tirso en la mano, la corona de laurel en la frente y la oración pagana en los labios, los ramos de espiga en el ara, el toro inmolado en el templo de Atrá; la sangre humana rociando al dios lacial, las vacas blancas con los cuernos de oro y la frente orlada de guirnaldas condu-

cidas al sacrificio; y en aquellos festines donde las mesas eran de marfil y los lechos de púrpura, y las bóvedas llovían flores, y las lámparas chisporroteaban el aroma del aceite de nardo, el señor romano coronado de flores que facilitasen á sus cargadas sienes la evaporación del vino de Falerno, comía sesos de faisanes, lenguas de ruiseñores, arroz cocido con ámbar y perlas entre el cántico de las esclavas griegas y las danzas de las bailarinas gaditanas, y los juegos de los gladiadores, mientras el Júpiter Olímpico levantado aún sobre la cima del Capitolio, amparaba bajo las blancas alas de su gigante águila aquella última orgía del antiguo mundo.

“Pero iba á subsistir Roma. — ¿No se habían de cumplir las amenazas apocalípticas?—Desde el instante primero de su vida, la sociedad cristiana que parecía tan débil, que se ocultaba en las catacumbas, como se oculta un remordimiento en la conciencia, escribe apocalípticamente las profecías contra la nueva Babilonia; profecías que he trazado en otra ocasión y dicen que después de rotos los siete sellos del libro de la vida, después de apagadas las siete discordantes voces de las trompetas estridentes y agudas; cuando ya Satanás ha sido roto y arrojado á los infinitos abismos donde hierve la hiel de todos los males, antes de que la nueva tierra brote como una flor que abre su capullo, y se extiendan los nuevos cielos y se borren las huellas de la guerra que ha pasado hambrienta de matanza en un caballo, cuyas crines destilaban sangre, y cuyas horraduras trituraban generaciones y mundos; antes de que todo esto se cumpla, un ángel mensajero de la cólera celeste que descenderá entre las ráfagas de inmensa tempestad, se dirigirá á la impura Babilonia, á la gran prostituta vestida de escarlata, tinta en la sangre de cien pueblos, armada de oro arrancado á los tesoros de cien reyes; que embriaga á los pueblos con el vino de sus concupiscencias, y se embriaga á sí misma con la sangre de los mártires, y desarraigándola de la tierra como el huracán desarraiga la fuerte encina, le infligirá el merecido castigo, le arrojará á sangriento mar unida con el monstruo de las siete cabezas, cuyas siete lenguas profieren siete maldiciones contra Dios, y habrá muerto el gran escándalo del paganismo, y cesarán los rumores de los festines, los ecos de las cítaras y las flautas, los cánticos voluptuosos que de sus labios empañados con el beso sensual de los placeres exhalan los poetas coronados de flores; y solo se oirá dilatarse con inmensa resonancia por las alturas el hosanna inmortal que á Dios consagran los ángeles por este acto de inflexible justicia.”

Y en efecto, las maldiciones apocalípticas se cumplían. Roma espiraba en castigo de sus enormes impiedades y de su empedernido egoísmo. El año 404 parecía el último año del mundo, la última era del Universo. Roma iba á morir. No era aquel tiempo el tiempo feliz de la república, tan idónea para inspirar virtudes viriles á esforzados pechos; no era el tiempo de la libertad en que los cónsules después de haber regido el mundo y haber triunfado en cien combates, tomaban el arado y vestían la lana de sus ovejas y comían el pan cosechado en sus propios campos; no era el tiempo del lujo del placer, en que los romanos encerrados en aquellas casas de mármol llenas de pebeteros, del Oriente, de serrillos de esclavas de todas las regiones del mundo, de lechos de marfil y púrpura, de espejos de acero, de copas formadas de una sola esmeralda, se entregaban á una orgía ¡horrible orgía! en que fueron sorprendidos por los godos, los vándalos, los alanos, los sármatas, los gépidas, los suevos, los partos, montados los unos en caballos que destilaban sangre, envueltos otros en las pieles frescas de las fieras, armados aquellos de arcos que despedían en vez de flechas huesos humanos, ornados todos con un collar de cabezas segadas á sus enemigos en los campos de batalla; precedidos todos de bandadas de cuervos, acompañados del estridente son de las trompetas y las bocinas y el clamoreo salvaje, seguidos de ejércitos de lobos hambrientos, espantoso ruido á cuyos acentos los esclavos rompían sus cadenas y abandonaban sus ergástulas, como los muertos abandonan sus sepulcros en el día del juicio final; y enseñaban á los bárbaros el camino ignorado de Roma; sobre la cual, estos, después de haber hollado tantos pueblos muertos como hojas secas en sus nativos bosques, caían, destruyendo sus templos, quemando sus palacios, pasando á cuchillo los patricios á la luz de los incendios; violando á las matronas romanas sobre charcos de sangre: aventando á los cuatro puntos del horizonte las cenizas de aquella ciudad que dirigía antes como reina el mundo, y que en castigo de sus vicios y de la abominable tiranía á que se había entregado, espiraba como una prostituta gozada por mil pueblos y cubierta de lepra en su agonía, espirando lacerada por sus remordimientos sobre un estercolero.

¿Qué pudieron los césares sobre aquellos bárbaros? Nada. ¿Qué pudieron los patricios? Nada. ¿Qué pudieron los guerreros? Nada. ¿Dónde estaba, pues, la salvación de la sociedad? ¿Se iba á perder el mundo? Señores, los únicos que detenían á los bárbaros en sus depredaciones y los sojuzgaban, eran aquellos solitarios, limpios de

alma, niños inocentes, por la celeste claridad de su conciencia, moradores del desierto, vestidos de sayal y de cilicio, que clavándose en los descalzos piés las espinas del mundo, salían no con armas sino con el crucifijo en la mano, de sus cavernas, donde se entregaban á la penitencia, y lanzándose delante de aquellas huestes, sin miedo á una muerte que solo podía ser parte á anticiparles la vida del cielo, las desarmaban con sus virtudes, y las hacían temblar con sus palabras, y las deslumbraban con el resplandor de sus almas, y las obligaban á caer de hinojos ante aquellos altares del verdadero Dios que eran como la piedra sagrada donde iba á sentarse la nueva sociedad.

He concluido, señores, he concluido. Pero delante de estos bárbaros feroces vencidos por pobres solitarios, ¿no podremos deducir una grande enseñanza? ¿Qué tenían en sí para alcanzar este alto fin? Tenían la fé en una idea; y el que tiene fé en una idea vence siempre. La duda, el placer, tendrán siempre sacerdotes; pero la duda y el placer no tendrán nunca mártires. Señores, para llegar á un punto, para cruzar los mares de la vida, es necesario embarcarse en la nave de la fé, y en la nave de la fé no temais ni al huracan ni á la tempestad. En esa nave se embarcó Colon, y al fin de su viaje encontró un nuevo mundo. A no haber existido aquel mundo, Dios lo creara en la soledad del Atlántico para premiar tan solo la fé y la constancia de aquel hombre. Pues bien, nosotros vamos buscando á través de nuestras tempestades y de nuestros escollos el mundo nuevo social. Si no lo encontramos es porque no tenemos fé para buscarlo. Nuestros padres se sacrificaron en la guerra de la independencia para que tuviéramos patria, y en la guerra civil para que tuviéramos libertad; ¿qué hemos hecho nosotros para merecer el nombre de dignos hijos suyos? Nada. Y si pierdes el tiempo que te ha tocado en suerte, merecerás el eterno castigo de la historia. Hace pocos dias un orador elocuentísimo, amigo mio, en cuya palabra tempestuosa se oye el acento anticipado de las grandes pruebas que nos aguardan, decia mirando nuestra vergonzosa decadencia: ¡qué gobierno, qué política, qué partidos! Los sofistas parecían aterrados al oír en aquella voz el eco de sus remordimientos. Pero en la gran comedia del mundo los sofistas representan bien su papel de comediantes y hacen como que se van y vuelven. Y volverán mil veces mientras no tengamos fé para combatirlos. Y nos azotarán el rostro con sus látigos, y nos herirán el corazon con sus espadas. Y seremos una generacion infeliz mientras no busquemos por la libertad una de estas dos glorias, ó la gloria del triunfo ó la gloria del martirio. He dicho. (Ruidosos y estrepitosos aplausos).

LOS BARBAROS.

LECCION SEGUNDA.

SEÑORES:

Por fin, despues de haber recorrido tiempos tan tristes, de tan irremediable decadencia, vamos á llegar al momento supremo de la destruccion del antiguo mundo. La enfermedad cancerosa de una sociedad corrompida por el deleite, esclavitud del sentimiento; por el despotismo, esclavitud de la conciencia, debia dar de sí el resultado funestísimo que da siempre la esclavitud, debia dar la consuncion, no del cuerpo de aquella sociedad, sino del alma; porque si la salud es la vida del cuerpo, la libertad, señores, la libertad es la vida del alma. Nuestro pensamiento nacido para volar por el éther de los cielos, con pena se revuelca en estas épocas de decadencia, en que el lodo y la podre rebosan de la tierra; pero debemos tener valor para sondear estas llagas, y despues de sondeadas, para preguntar á la conciencia de nuestro siglo si padecemos de los mismos males, y si nos morimos de la misma muerte. En algunos periódicos, manos amigas, muy amigas mias, despues de haberme tejido coronas que no merezco, aunque acepto como ofrenda de la amistad que ciega siempre; han llegado á decirme que no es lícito ni aplicar á nuestros tiempos los males de la